

LA COSA GRIS



Jim J. Barrios

LA COSA GRIS

Jim. J. Barrios.

I

Violeta con voz chillona le instaba a probar su valentía introduciéndose al interior de la cripta, y Simón le era parcial. Lo empujaban sin cesar a la entrada, el regordete de Emilio temía a la obscuridad, su tío le decía muchas veces lo cobarde que era, sobre todo las veces que a mitad de oración se llevaba una botella de cerveza a la boca estando en el sofá de cuero que muchas veces pensó que era parte de su cuerpo cuando iba a visitarle, porque se desparramaba de tal manera que parecía el acolchado. Su papá odiaba al hermano de su esposa, un par de veces estuvo cerca de golpearlo por estos comentarios infantiles de persona frustrada y fracasada.

La mina había sido abandonada diez años atrás sin causa aparente, así como nadie se tragaba el cuento de que extraían arena para construcción y que cuando se hubo acabado, se marcharon dejando aparatos, barriles, galpones y otros equipos que la maleza había cubierto y la lluvia había oxidado. Para llegar a ella tenías que pasar un canal que estaba seco, excepto en invierno, lo hacía más divertido que cruzar el puentecillo de maderos trastabillados que alguna vez usaron los trabajadores. El abandono espontáneo de la mina era lo más cercano a una anomalía en la urbanización Misión de Los Ángeles en comparación a los estragos que frecuentaban a la ciudad. No obstante, aunque la mina estaba dentro del perímetro cercado, era evitada a toda costa. También cabe destacar que su entrada viajaba al interior del único montículo de la ciudad, era un escarpado de tierra que aguardaba grandes rocas calizas y que estaba medido en aproximadamente cien metros cuadrados. Pocos conocían sus caminos oscuros, pero se perdía en un descenso que no se permitía adivinar a la ligera por su bajar lentamente gradual.

Los chicos no tenían permitido acercarse, pero ya era la cuarta vez que habían infringido el mandato de sus padres, y esa tarde en una charla sobre lugares malditos, surgió la mina de la urbanización, y Simón comentó sobre hacer una visita.

Cruzaron el monte que les llegaba al pecho, les hacía pequeñas cortadas en las manos al despejar el camino, cruzaron el canal corriendo desde una punta y dejándose llevar por la inercia, pero Emilio no era capaz de hacerlo, caería y rodaría como una bola de mierda de caballo, como decía Simón, y entonces los dos tendrían que rodar al gordo como si fueran escarabajos peloteros. La verja tenía varios huecos por los que podían ingresar. Dentro, el sotillo no era tan largo, y los únicos presentes después de ellos, eran las urracas de picos grandes y ojos chismosos que descansaban al borde de la cerca y en un aviso con letras grandes y rojas que alejaba a los curiosos, pero ellos se hacían los ciegos, eran

«curiosos extremos» según Violeta, y no decía nada sobre curiosos extremos en el anuncio. Emilio veía la cripta como la boca de un oso y probablemente lo había según su inocencia, y no quería molestarlo, pero era tan lacerante la insistencia de sus amigos que terminó por aceptar la idea como única condición que no excedería los quince pasos. Era mejor que nada, así que aceptaron a cambio de una muñequera que Simón tenía. Dio los primeros cinco pasos, hablaba para distraerse escuchando el eco de su voz, mencionaba el olor a humedad y lo similar que era a la casa de su tía abuela materna. Tenía el cuerpo inclinado hacia atrás y el pie derecho adelante moviéndolo de un lado a otro como un detector de metales. Sus brazos estaban contraídos hacia el pecho como las extremidades superiores de un roedor estando sobre sus patas traseras. Los murciélagos se percataron de su presencia y comenzaron a chillar alertando al resto, Emilio apunto de tener un ataque al corazón salió disparado a la entrada, pero resbaló y cayó, se incorporó y reanudó el escape, pero una de las columnas de madera se vino abajo y enseguida el techo se desplomó obstaculizando por completo la entrada.

II

Le había caído una roca en la cabeza, le dolía el pecho, tenía la cara llena de polvo, también tenía tierra en su boca. Oía los gritos de Violeta y Simón al otro lado, pero no lograba responder, sus pulmones parecían globos desinflados, quería gritar, pero era como estar en una parálisis del sueño, su cuerpo no obedecía., por suerte recobró la movilidad y el habla de forma rápida. Musitó que estaba bien y que tenía miedo. Tenía rota la cabeza, pero, sobre todo, miedo de voltear y ver la oscuridad más compacta que había presenciado. Algunos rayos de luz se colaban entre las pesadas rocas que intentaron mover en vano. Tenían que ir a pedir ayuda, pero Emilio imploraba que no le dejaran solo, y ni Violeta ni Simón querían hacerle compañía por miedo, pero al cabo de tantas vueltas al asunto, no había opciones, y terminaron por irse a buscar ayuda dejándolo solo en aquel lugar oscuro.

Se sentó en una roca con la comisura de los labios hacia abajo, jipiaba y moqueaba como un bebé, su pecho era como un casete rayado, se pegaba repetidamente y no quería dejar de ver la luz que se filtraba por las rocas, metía los dedos por las hendidjas queriendo expandirlas para salir. Lo más terrible era el silencio, temía que fuera roto con alguna voz o chillido. Qué torpe y desobediente había sido concluyendo que había mala suerte para los niños que no hacían caso a sus mamás y en este tipo de asuntos mantuvo sus pensamientos, pero en esa situación la imaginación se apagaba y la creatividad pronto quedó tan pasmada como los muertos. Su mente, sin poder eludirlo, comenzó a crear

monstruos de tentáculos que de la nada extenderían sus brazos desde las sombras y lo sujetarían hasta halarlo al fondo de la cripta, pero tembloroso se cubría los oídos como si pudiera frenar el raudal de malos pensamientos. Lloraba por la protección de sus padres y por haber querido probar a los chicos que no era un gordo cobarde, pero viéndolo desde ese punto era ambos. Algo sonó en el fondo, como si tropezasen con una roca, Emilio volteo para no ver nada, se levantó y seguro de sus hipótesis se arrinconó subiendo por unas rocas más grandes. Tuvo ganas de orinar, la vejiga le ardía, pero era incapaz de hacer algo sintiendo que miles de ojos de todos tamaños en tonos rojizos y brillantes le observaban, sus pensamientos saturados de los colores irreconocibles del miedo le impregnaban tal cual al desbordarse un río que todo arrasaba y arrastraba, lo hacía añicos y lejos lo dejaba. El terror que tenía que soportar hacía de los segundos horas, y los minutos días, el tiempo imperecedero constituía el factor protagónico del *reality show*. La Violeta y el Simón de su cabeza no hacían más que disputarse la razón sobre si había sido la caída de Emilio el causante del derrumbe o fue un intento de la cripta por vomitarlo. Por primera vez se sentía a gusto siendo humillado solo para abstraerse del lugar en el que estaba. Al final, concluyeron en que era tan detestable, feo, obeso y cobarde que le produjo una terrible indigestión a la cueva, y como quizás estaba a kilómetros de algún orificio por el que pudiera expulsarlo, y que de seguro podía trabarse en la vía asfixiándola, bastó una probada para vomitarlo. Tantos comentarios y burlas ya habían hecho de su autoestima una ensalada de inseguridad con aderezo de complejidad. Este tipo de malos chistes recreados por su mente quedaban empobrecidos a los que pudieran articular sus amigos, no le causaba enojo hacia ellos, sino más bien una risa desquiciada que quería evitar, pero que insistía en reaparecer una y otra vez en sus labios delgados. La verdad es que Emilio podía ser cobarde y gordo, pero no carecía de inteligencia, aunque a veces la ignoraba pese al bajo valor que se tenía así mismo ante sus amigos. El momento lo llevó, no supo porqué, a dedicarle viejas memorias y esas pocas en las que compartía con él cada vez que se prometía tratarlo indiferente y dejar de amarlo para terminar en sus brazos y sus cuentos de hazañas y temas de misterios; su padre, no compartía mucho con él alegando temas delicados e incognitos, pero obtenía un libro nuevo, aunque muy viejo, cada vez que él iba a casa. Su mamá los ocultaba, pero cuando ella estaba en el trabajo él podía leerlos, aunque los temas no eran de su interés, sentía que su papá estaba sentado frente a él mirándolo y diciéndolo lo orgulloso que estaba de tenerlo, lo que era realmente todo el tiempo.

El entorno de extraña manera estaba transformándose, no la materia, sino en la «tranquilidad» que supone el espacio y tiempo, un ingrediente desagradable se esparcía, y Emilio que seguía viendo por las hendidias el pasto,

volteó atraído por un sonido similar a un hálito que dejan salir los que yacen agonizando en el hospital por enfermedades terminales devastadoras. Los de quinto año habían difundido un rumor sobre los «hombres de gris» –que por cierto había estado evitando con mucho trabajo pensar en ello –, no había sido más que la descripción del avistamiento de un extraño ser de color similar al de los troncos de los árboles, parecía antropomórfico y andaba de manera afectada. Un grupo lo había divisado cuando iban en una camioneta, y trataron de seguirlo pensando que era una broma, pero el hombre de gris desapareció entre el tupido monte. Le habían sacado una foto polaroid que se veía difuminada, incluso fueron invitados a un programa de radio, recordó exactamente lo que decían los tres chicos, pero nadie les creía, y decían que uno de ellos se había pintado de gris y eso había sido todo, querían un poco de fama, y lo habían logrado. A pesar de lo que pasaba en la ciudad, había un montón de personas que se sentían cómodas en el escepticismo, mayormente los millonarios y sus hijos que acusaban a bandas delictivas dedicadas al secuestro y al sicariato, pero eran los de bajos recursos los que se llevaban la mayor y peor parte del pastel, ya que el dinero podía erigir altas verjas y comprar mucha seguridad para disminuir la vulnerabilidad de los suntuosos hombres. Emilio no dejaba de ver la penumbra, algo estaba causando el ruido, y ahora parecía arrastrarse despacio, pero él apenas podía digerirlo, estaba helado y paralizado, se orinó encima, el chorro de pis lo bañó, y solo así fue apoderándose de su cuerpo, pero no era como si pudiera hacer mucho. Achinó sus ojos para ver mejor, algo se acercaba, era más claro que la obscuridad. Era igual a una de las tantas sombras que creía ver salir del armario, al parecer tenía las manos abiertas, como si quisiera darle un abrazo, pero no distinguía bien, no era su vista tan sólida en ese momento como la bola que estaba en su garganta, y escuchó la voz de Violeta «¡Gordo apestoso, tu papada terminará por matarte!», y luego a Simón «¿Qué diablos comiste?», y en ese momento ninguno ayudaba. Los pies que no se despegaban del suelo estaban más próximos. Sí, sí eran brazos desplegados, y un hoyo negro en donde debería estar la boca, o era la boca, pero increíblemente desproporcionada y halada hacia abajo. Los ojos estaban ennegrecidos, y tal como lo habían dicho los chicos de la camioneta, era gris, había suficiente luz que se proyectaba a al menos un par de metros en el que estaba la criatura que caminaba como un anciano, la piel le colgaba considerablemente, y parecía incapaz de respirar por el par de orificios encima de la boca, daba la impresión que quería decir algo, y el pobre asustadizo no hacía más que quedar inmóvil retornando al trance. La figura lentamente subía por algunas rocas para intentar estar cerca, algunas veces resbaló no pudiendo soportar su propio peso. La voz aguda de Violeta sonó de nuevo, pero no en su cabeza, era la auténtica. Volteó pidiendo ayuda y golpeando las rocas, los bomberos le indicaron que dejara de hacerlo y se alejara

o de nuevo caerían más, pero él no quería ni siquiera voltear, gritaba que le sacaran de ese infierno, segundos después se desmayó. Cayó sobre el cúmulo y rodó hasta el terreno regular.

III

Habían transcurrido unos minutos desde su extracción. Recobró la memoria en el hospital antes de que saturaran la herida en la cabeza. No mencionó nada presa de los recuerdos de lo vivido. Miraba hacia la derecha, tenía los ojos clavados en el ventanal de la sala como si intentara quebrarla para salir huyendo hasta el cielo y volar más allá donde hubiese otro planeta habitable en el que no existiera una criatura gris como la de la cueva. Ignoraba el dolor de las puntadas de la aguja meterse en la zona ahora rasurada cerca de su sien. Carolina, su madre, le decía que todo estaba bien ahora, pero no mencionaría nada similar si hubiese estado en su lugar, ¿cómo podría estar mejor la ciudad donde vivía y cuyos terrenos eran el hogar de un extraño ser? ¿Y si había cientos de ellos? Podría salir en la noche y meterse por las ventanas a sus hogares mientras dormían, o hacer un agujero con sus dedos puntiagudos y salir desde abajo como topos. ¿De dónde había venido? ¿O siempre estuvo allí?

Siendo apenas un muchacho de trece años, había hecho un considerable esfuerzo por no abrir la boca y mencionar cosas fuera de lo normal. Había hecho caso a su racional pensamiento que le protegía de las burlas y de acusaciones que no podía refutar sin evidencia. Si tan solo pudiera imprimir de su mente las imágenes del antropoide, y también de extraer el horror en su cabeza, le creerían y derrumbarían todos los hoyos del pueblo, dormiría seguro sin pensar que había un ser similar a la sombra del armario. Sus dos verdugos fueron esa noche a visitarlo, sintió deseos por relatar el encuentro, y tragaba saliva cada vez que en pleno silencio de temas que no parecían tener continuación, estaba por decir algo, seguía callando y mentalizaba las carcajadas y señalamientos, las caras rojas de los chicos al contener la respiración por las risas y las manos en el abdomen por el dolor molesto. Esa noche solo fueron a burlarse por el olor a orina que despedían sus pantalones y por el nuevo pelón en la cabeza, pero él no tenía espacio en su mente para sintetizar las bromas y brindar una respuesta en su defensa, No sería el mismo a partir de ese día porque había algo mayor a los quejidos de Simón y Violera por ser como era. Creyó que ese tipo de eventualidades no podían ser insignificantes en la vida de una persona, pensó que el mínimo propósito era brindar madurez; tal como sin demostrarlo, le decía Simón tomando absurdos criterios de sus primos que mucho lo sugestionaban con boberías –Cuando te rechacen tantas mujeres por lo gordo, niño pelota, es

que entonces pensarás en tu peso, o los muebles que rompas –. Apagó la voz engréida de Simón en su cabeza cerrando fuertemente los ojos, luego cogió uno de los pasamontañas del perchero tras la puerta, se colocó frente al espejo y se lo puso después de ver y tocar por minutos lo que parecía un aeropuerto en su cabeza o el erial de una montaña que era la zona blanca y ovalada rodeada de cabello oscuro, obra de arte hecha por la mala rasurada de las enfermeras. No se había percatado de un poster de película sobre extraterrestres que tenía en la pared, el papel con un platillo metálico en el cielo y la luz sobre una casa que era levantada desde los cimientos, y un hombrecillo mirándolo con grandes ojos elípticos y destellantes, la masa de la cabeza era suficiente para sacar otra, el color de la tez era muy similar a la cosa de la cueva, *Infierno desde el cielo* había sido una de sus pocas películas de ficción, ahora encabezaría la lista de las que jamás vería, por lo que subió a la cama y arrancó de golpe el cartel haciendo una bola con él y arrojándolo a una esquina.

Eran las ocho, encendió la televisión, una noche antes no habría necesitado hacerlo para dormir con algo de luz en el cuarto. No dejaba colgar el pie fuera de la cama, las manos alargadas podrían aparecer de la nada y halarlo hasta extraerlo debajo de la cama a un hoyo en el que lo conduciría a la cueva, aunque estaba en el segundo piso, no limitaba las posibilidades. Poco después los parpados caían, los había alzado docenas de veces, eran más de las once, el aparato seguía encendido, el papel arrugado parecía una pasa gigante y el humanoide con diversas nuevas articulaciones le pinchaba la mente abriendo la posibilidad de que la cosa gris podía venir de su mundo, uno a miles de millones de años luz en una constelación desconocida, venían a inducir a humanos para hacerles inspecciones en sus planetas. Viajaban en sus platillos similares a sombreros y luego de haber hurgado en los cerebros humanos, los colocaban de nuevo en la tierra, pero eran muy listos, cocían meticulosamente, no como el doctor que le cerró su herida, aunque la cosa de la cueva no parecía en absoluto sofisticada, más bien un pordiosero anciano que se había revolcado en un pantano, pensaba en su cama ya cayendo en el sueño.

Despertó, pero no estaba en la cama, no boca abajo como solía dormir, no con la manta cubriéndole el cuerpo gordo, no apuntando su vista a la T.V. Estaba en el sofá de la sala viendo el florero sobre la mesa, estaba sentado en el suelo, la punta del grafito en la hoja azul no había terminado el dibujo, era un simple manchón sin forma, acercó los anteojos con el índice, no era parte de un sueño, incluso puso su mano frente a la boca para expulsar aire, olía a menta, se había lavado los dientes, pero ¿en qué momento? También tenía ropa diferente y su piel estaba fresca y suave, se había duchado, pero no lo recordaba. Su madre le llamó para desayunar, reaccionó con lentitud, creía que se estaba volviendo loco, o la criatura le había lavado el cerebro sin haberse percatado, de seguro

poseía tecnología más allá de la que mostraban en los filmes de extraterrestres. Se sentó, el cereal gritaba su nombre, cogió la cucharilla, se sentía extraño, como si tuviera la secuela de un calambre en el que sentía que su mano había sido implantada y estaba insensible, arrugó las cejas, estiró los dedos y recobró su dominio, le dolió la herida y emitió un alarido, su mamá lo abrazó y le acercó una píldora para calmar los dolores que el doctor había previsto. Tenía que guardar reposo, pero quería respuestas a lo que había visto, así que salió a hurtadillas por el patio trasero. El perro Tommy estaba por delatarle, el pitbull infernal blanco de gran lengua babosa y de collar puntiagudo de su vecino y amigo Simón le ladraba, pero salió corriendo antes de que lo pillaran. Tramaba una pequeña travesía que de ser descubierto acarrearía días de castigo sin programas de televisión o salidas. Salió de la urbanización privada y cogió un taxi dando indicaciones.

Todos en la localidad conocían a «los tres dementes» del cuento del «hombre gris» y que al paso que iba terminaría por tener más nombres de referencia que el diablo. Caminó varias cuerdas perdiéndose calles antes de la dirección que recordaba y que habían compartido en chismes en el colegio, pero no tardó en llegar a la casa de Cindy, que era donde concurrían. Subió las escaleras, tocó suavemente tres veces la puerta, estaba consciente de que ni un perro hubiera podido escucharle, pero tenía miedo, intentó un poco más fuerte, nada pasó, una tercera vez hizo que la puerta se abriera, la mitad de una cara femenina le preguntó por sus intenciones, él respondió que deseaba hablar con ella y los otros dos chicos. El aspecto externo de la casa era deplorable, un perro lanzaba sus ladridos desde el patio, había cámaras filmando desde la entrada y un olor a cosas viejas salía desde el entreabierto.

- Niño, si vienes por un reportaje escolar sobre personas dementes, mejor lárgate mientras te lo advierto – la voz desganada de la chica expresó molestia que habla de las numerosas visitas incrédulas hacia el trío.
- No, no es eso – imploraba –. Lo vi, en la cueva de la mina, lo vi, a la cosa gris, lo juro –su voz chilló.

La puerta ya estaba cerrada, y el chirrido sugirió la apertura. De nuevo el ciclope emergió, abrió ampliamente para que el chico ingresara. Esperaba una casa desordenada con columnas periodísticas, mapas y fotos en las paredes, una sala sucia y las cortinas cerradas o las ventanas embaladas con cinta adhesiva negra, y así mismo fue, no se sintió decepcionado, le daba la impresión de que estaba metiéndose en un asunto serio y no era una exageración. El nivel de paranoia de los muchachos era digno de escribirse en una lista que los mandara al sanatorio, pensó que era mejor no mover la lengua en su cabeza para idear prejuicios si él bien era candidato, por su vivencia, a apuntarse en el grupillo. Se sentó en el mueble rojo polvoriento, parecía estar en la cueva, ella se había

ido a la cocina y regresó enseguida con dos latas de cerveza, le ofreció una al chico, el denegó, ella le devolvió una mueca en desaprobación. Cindy vestía vaqueros y una camisa de cuadros azules, el cabello estaba despeinado, parecía el monte que bordeaba la mina con unos mechones tiesos aquí y allá. Le dijo todo lo que recordaba desde el derrumbe, el sonido de lo que parecía su voz, su aspecto y el miedo que sintió, Cindy, que estaba en el mueble frente a él, parecía que la estaban empujando desde la espalda o era el espacio alquilado el del sofá porque estaba muy echada hacia adelante con la cerveza chorreándose y siseando en el suelo, la mandíbula casi le llegaba al piso, estaba fascinada, él lo había descrito exactamente como lo recordaba, así que llevó una mano a la boca de Emilio para que se detuviera mientras ella llamaba a los otros dos.

**¡Toc, toc!* * Sonó la puerta, entraron los dos muchachos con aspectos de hippies, con razón casi nadie les creía, y ese «casi nadie» era él. A lo mejor nadie quería creerse el nuevo fenómeno porque no encajaba con descripciones previas sobre monstruos y era una completa locura sumar uno más al bestiario.

Volteaba de un lado a otro sin tener tiempo de responder a la pregunta que el otro hacía. Maxi y Robin hablaban sin parar, el primero tenía vestimenta punk y su corte de cabello era similar al de una escoba, el otro ya lo había visto antes rodeado de gente normal, pero ahora estaba solo, nadie quería estar con un demente, él era caucásico. Le llamaban «viejo», pero de anciano no tenía ni el pensamiento, parecía un pescador sentado en una sillita sobre un lago congelado con la caña fría y el señuelo en espera de ser mordido, quería atajar una de las ya docenas de cuestiones, y recordó las básicas, explicó nuevamente el aspecto de la cosa gris, ellos le hicieron saber tres de sus hipótesis más convincentes; una o varias cosas grises –definición que terminaron adoptando –, no siguieron evolucionando, eran eslabones descontinuados cuyos cuerpos no procesaron las condiciones ambientales para desarrollarse, y habían quedado con ese aspecto, la otra, simplemente, era o eran seres de otro planeta, la última y no menos importante, eran entes de otra dimensión que por alguna razón anómala habían llegado a esta línea dimensional, quedando atrapados sin poder o desconociendo las herramientas para retornar a su estancia. No lo sabrían hasta preguntárselo y tampoco conocían si tendría una lengua para responderles de acuerdo a la inspección del chico. Lo que procedería no estaba claro aún. Cindy les explicó de las circunferencias en los campos de cultivo, le mostró vídeos de OVNIS y testimonios de abducciones, y de ser de otro plantea ¿por qué seguirían aquí? Otra pregunta que tenía que solventarse, pero no sería ese día. Pasó alrededor de casi una hora compartiendo con los tres dementes, se sintió adulto por ese instante, ellos le hablaban como si no existiera diferencia de edad, como uno de los suyos, y la compañía del menor les alegraba, pues desde el incidente que les dio la negativa fama no habían conocido a nadie más,

no alguien amistoso y falto de mala educación, mucho menos un crío que sabía temas de ocultismo, pero el encanto tenía vencimiento por ese día, Emilio tenía que regresar a casa, pero el poco deseo de hacer hablaba de la comodidad y alegría de haber hecho nuevos amigos que no miraban si su barriga colgaba o sus ojos se veían pequeños por sus mejillas de Kiko.

Entró a la recamara sin ser visto, fue al baño y se miró en el espejo, le dolía la cabeza, no había tomado la píldora, pasó los dedos por la línea de puntos y sintió que le palpitó, era algo normal, pero las punzantes vibraciones que partían desde la fisura le provocó mareos y ganas de agacharse y sostener la cabeza como si fuera a explotarle. Así permaneció arrugando la cara hasta que el dolor se calmó un poco. Se desvivió sintiendo ganas de un buen baño, retiró la cortina turquesa de la ducha de un manotazo solo para encontrar en la esquina con las extremidades extendidas y las fauces mostrando un hoyo negro a la cosa gris. Se echó hacia atrás y cayó de espaldas, la cosa se estaba acercando, se había tragado la legua y se le había atorado en la garganta, eso parecía. Pataleaba para arrastrarse a la salida, se volteó sobre el suelo para gatear, la puerta parecía estar a varios metros, el suelo se había vuelto viscoso, volteó y seguía acercándose, la nave probablemente estaba cerca, lo abducirían como había dicho Cindy, después lo dejarían en su cuarto como si todo hubiese sido parte de un sueño vívido, borrarían de su memoria la examinación y se valdrían de la herida en su cabeza para meter toda clase de instrumentos quirúrgicos, también cables y hasta un microchip que en las placas o electroencefalogramas pasarían desapercibido; lo mantendría rastreado y a través de sus sentidos sabrían de su cotidianidad para hacer un reporte de la vida de un humano de clase gorda. Solo se preguntaba a mitad del momento si el chip iba a tener un dominio sobre su comportamiento. La lengua regresó a su lugar, y vociferó el nombre de su mamá, ella no tardó más de cinco segundos en llegar, lo vio tirado en el suelo gateando frente a la puerta huyéndole a algo que no existía.

Emilio no le contó nada a ella. Dijo haber visto una enorme araña en la ventana que le había dado un susto de muerte. Creía inteligente no mencionar nada, y habría jurado por su vida que la cosa gris estaba tras él, fue muy lúcido, pero estando de nuevo en el baño concluyó al ver que no había huellas ni nada por el estilo, que había sido su imaginación y que la visita a los chicos había alimentado su imaginación. Deseaba tanto que su papá estuviera con él, pero seguramente estaba en otro país o de visita en ese extraño sitio llamado Shakgil.

Al día siguiente fue a un nuevo encuentro con el trío, no olvidaba nunca su pasamontaña.

Se amontonaban alrededor del computador con las cabezas erguidas como suricatos, seguían repitiendo los mismos vídeos de abducciones analizando cada cosa, y anotándolo en una libreta, después volvían a la sala ya

que el computador estaba en una de las habitaciones superiores. Debatían sentados en el suelo alrededor de una mesita circular el modus operandi de los seres de otro espacio, era la única información un poco viable ya que sobre el tema de la otra dimensión solo había uno que otro relato. Ahora que el trastorno había tenido su episodio la noche anterior, pensaba que compartir con los chicos solo hacía que su temor por la cosa gris que veía hasta en su closet, mantendría viva la lucidez de las alucinaciones, así que no era bueno seguir visitándolos. Antes de marcharse les aconsejó olvidar el tema antes de que los años cayeran como una gran bola de nieve y vieran el desperdicio de tiempo.

Caminaba a casa decidido a que mejor olvidaba todo, quizás solo había sido producto de su imaginación lo que había ocurrido en la cueva, se había golpeado la cabeza, aunque no poseía la mínima noción del conocimiento médico, a lo mejor el golpe le había afectado. Lo peor de haber sido «testigo» de un hecho impresionante, era que esa misma sorpresa recobraba una potente solidez en las noches. Escuchaba y veía claramente cómo la puerta del armario chirriaba para abrirse despacio, y la mano, luego la cara del ser saliera hasta desaparecer cuando asustado se levantaba a encender la luz como si le hubiesen pinchado el trasero con un clavo. Así pasaron varios días, las alucinaciones se hacían más sólidas y el insomnio más prolongado, las ojeras más haladas y negras y la apatía al día siguiente era un bus escolar con una rueda espichada que iba poco a poco a su destino cargado de niños abúlicos entonando una canción de viaje con los rostros apagados.

IV

Había creído un poco de hierba en «la pista de aterrizaje», así que no vio útil el uso del gorro, pero los dolores seguían igual o peor, martillándole la cabeza aun mientras dormía, despertándolo para tener que permanecer en vela hasta el día siguiente apenas la claridad se cernía para poder bajar las escaleras hasta la cocina y coger una pastilla, todo con tal de no ver en los rincones oscuros al ser gris. Había cogido temor a los espacios oscuros, miedo que jamás tuvo, pero ahora esperaba a que Carolina se fuera a dormir para encender su bombilla y no dar explicaciones de su nuevo temor. A veces incluso pensaba que era culpa del padre nuestro que balbuceaba olvidando el orden y haciendo de la oración un revoltijo, otras veces que era por ser mala persona, pero este último pensamiento era demasiado fugaz por no hallar pruebas de ello en su ejemplar comportamiento.

Las lagunas mentales fueron más frecuentes y asustado lo dejaron sin opción, por lo que tuvo que contarle a su madre temiendo aparecer algún día al borde de un puente, carretera o edificio.

El doctor le había hecho una placa radiográfica de su cabeza, pero dijo que no estaba claro, y que era mejor hacer una segunda toma después de que revisaran el aparato ya que había presentado problemas las últimas semanas. No les dijo cuál era el defecto que había salido en la toma, pero Emilio quiso conservar la placa, la colocaría en el espacio vacío de poster en la pared cercana a la cama.

Ese mismo día estuvo con Simón y Violeta en el patio trasero, él se columpiaba en la llanta amarrada con soga y sujeta a una fuerte rama de uno de los dos árboles que tenían más de veinte años, según su madre. Ella decía que su padre había hecho un fuerte conjuro en ambos y que los mantendría protegidos de cualquier cosa sobrenatural, pero no creía posible que lo cuidara de seres de otros mundos, dijo replicando a su madre. Emilio no decía nada mientras los difuminaba con la mirada, eran dos años mayores que él, pero se comportaban de manera idiota e injustificada, más que todo su fascinación por buscarle sobrenombres y burlarse de su gordura. Negaba con una risa y miraba las nubes pensando en lo absurdo que sería el par al alcanzar la adultez, vivirían criticando a la sociedad, pensarían que tendrían la razón viviendo a expensas de una realidad condicionada y empequeñecida de acuerdo a sus patéticas maneras de ver a todos. Dejaron de desfigurarlo con los cuchillos que tenían por lenguas, y el fastidioso pitbull salió a colación, había desaparecido un día antes, con razón Emilio no había escuchado al can ladrar por todo y nada, la noticia le hizo reír sepultando la pena, y Simón molesto se levantó del banquito preguntando si le parecía gracioso, de manera brabucona se fijó frente al chico y lo empujó mientras se mecía provocándole una caída de espaldas que lo privó del aire. Violeta no decía nada, solo miraba sonriendo en el interior. Él se levantó después de unos segundos, pero Simón venía por más, y convencido a seguir lastimándolo, le dio otro empujón que lo recostó de la acerca de maderos. Le ardía nuevamente la cabeza, miró el esófago del mayor y le dio un golpe, calculó la fuerza, de lo contrario lo mataría. Sonidos guturales salían de Simón revolcándose en el suelo con las manos hundidas en su cuello, Violeta trataba de auxiliarlo. Los echó de su casa y les advirtió que de pretender jugarle una broma u ofenderlo, los quemaría vivos, por supuesto, ellos no lo creyeron, pero acobardados por su reacción se fueron. Cuando la euforia se evaporó de su cuerpo se sintió arrepentido por lo que había hecho, él no era así, incluso veía sus manos y sentía que eran las de un desconocido, por varios segundos se sentía grandioso por haber hecho frente, pero estaba mal alegrarse por ello, así que respiró hondo y se dijo así mismo que era mejor que eso, aunque Simón lo merecía, se prometió no dejarse pisotear, pero tampoco sentirse bien por ello. En ocasiones llegó a preguntarle a Simón por qué el maltrato, pero solo había silencio después de su pregunta, luego un entorno incómodo por el mismo vacío

y esa expresión que convertía a Simón en un desconocido ya que ponía cara de cordero en la pila de sacrificios, y nervioso movía los pies y sus manos inquietas que se apretujaban. Parecía que lo que fuera que quería decirle a Emilio estaba apuñalándolo por dentro. Esto sucedió varias veces fuera de la presencia de Violeta, porque parecía que frente a ella todo grano de compasión en Simón se desvanecía. Si mal no había visto Emilio, llegó a apreciar un brillo extra en los ojos del muchacho, brillo provocado por el empañamiento, y cuando eso pasaba el mayor se iba sin levantar la cara.

En ocasiones sentía que veía doble figura, y no era el efecto del calor como le decía Carolina, quizás a ella le afectaba, por lo que optó en quitarse el par de lupas viendo cómo el espectro de las letras del libro de ocultismo volvía a su origen y se consolidaban sin vacilar. Ya no necesitaría los anteojos y consideró lo ocurrido como un pequeño milagro que más tarde agradeció en sus oraciones.

Ocurrió que, en una de las tantas noches en las que veía una serie a la que se había vuelto adicto inconscientemente sin tener alternativas en sus veladas, empezó a sudar gotas gigantes de sudor que le enchumbaban la ropa, lo realmente enigmático, era que no tenía fiebre, y no sentía calor, la temperatura estaba a veinticuatro grados y las ventanas estaban abiertas. Las sabanas fueron la segunda opción después de haber mojado la toalla, el cobertor del Capitán América ahora parecía recién sacado de la lavadora, tenía la piel enrojecida de tanto estregarse la tela para limpiar el sudor, y minutos antes se había despojado de la ropa mojada. ¿Qué era esa mancha blanca en la parte frontal del cerebro? Se preguntó sentado en el piso viendo la placa y la mancha del tamaño de una cucaracha rodeada de tonalidades de azul y negro. A eso se refería el doctor con la máquina averiada. Había escuchado y visto cosas en el lenguaje médico sobre los cambios del cuerpo a lo largo de la adolescencia, pero no conocía con exactitud cuáles síntomas eran, y si de repente era diferente para cada persona a él le había tocado una forma muy extraña y no se alarmaría por eso. No obstante, se limitó a estar en el suelo y ver de vez en cuando la luna, después el sopor se adueñó de su cuerpo.

Amaneció tirado en el piso, el grito de su mamá lo despertó sacándolo de un extraño sueño que se tornaría pesadilla ya que en ella estaba en la cueva. Llegó a la cocina y ella sostenía un dibujo en la mano, o más bien un retrato, era la cosa gris garabateada con una boca exagerada, casi sentía que lo tragaría, o lo atraparía con las manos haladas extendidas hacia él. Había tenido lapsos de amnesia, no tenía que pensarlo mucho para llegar a la conclusión de que había sido él en uno de esos momentos borrados de la consciencia. Tomó el dibujo y le dijo que pertenecía al personaje de un comic, ella le pidió que no los colocara en la nevera y que hiciera un retrato de ella en lugar de la cosa «horrorosa y

bocona».

Esa misma tarde Carolina notó que los pantalones de su hijo eran subidos a la cadera con molestia cada cinco pasos que daba mientras iban al mercado, nunca había observado verlo botar la comida, al contrario, siempre pedía un segundo plato. Achinó la mirada al pensar que se estaba volviendo uno de esos «muchachitos sin oficio y deprimentes de plaza» que parecen una bandada de cuervos hablando de lo mal de sus vidas, lo había visto en una telenovela, algo relacionado al *bullying* y otras cuestiones sociales que nombraron en el episodio. Lo llevaría al psicólogo y luego al nutricionista al día siguiente. Se preocupaba de que el suceso en la mina hubiese tenido un efecto más allá de solo una mala experiencia.

La cita con el psicólogo fue en presencia de Carolina. La estancia era agradable, tenía colores brillantes en el techo y un estante con libros de palabras que había escuchado antes, pero de significado incognito. Sentía agradable la conversación con el bigotudo hombre de color. Respondió sin vacilación y aludió sin disimular mucho una que otra pregunta, esperaba que el sujeto no tomara en cuenta su vacilación.

El nutricionista había enviado una dieta, y relacionó el problema con un descontrol en las glándulas sudoríparas ya que le había contado el problema del sudor. Unas pastillas también fueron recetadas. El sudor descontrolado seguía gestándose en las noches, era molesto despertar en medio del charco salado y pegajoso. Lo primero que hacía, en caso de que ocurriera que abriera los ojos en la madrugada, era encender la luz, pararse en la puerta, ver de un extremo a otro y correr hasta el interruptor para encender la lámpara del pasillo, y así hasta llegar al baño y quitarse la capa salada.

En solo tres días, increíblemente, había bajado quince kilos de los sesenta, lo que alertó considerablemente al doctor si se veía en su mirada, pero él seguía insistiendo en su teoría, y las pastillas no habían hecho absolutamente nada, en lo personal, él estaba muy tranquilo, Carolina era quien más se preocupaba. Le habían comprado ropa nueva y amaba su apariencia, era delgado como siempre quiso serlo, ya no más «gordo de mierda» «pelota ambulante y parlante», «el hijo de Santa Claus», entre otro montón de apelativos para lo que eran bueno Violeta y Simón.

Todo mejoró en la cuarta noche, ya no había más sudor, no más preocupaciones, y agradecía al «desarrollo» haberle quitado un peso de encima, literalmente. Pero algo también había estado apareciendo, su mamá se había quejado continuamente de lo irresponsable que era por no limpiar la suela de sus zapatos antes de entrar y llenar de cieno toda la casa, pero él hace días que no iba al exterior, y en todo caso, no había llovido en meses, y los canales que conectaban a las raíces de una planta con otra en el jardín, no permitía el

desborde de agua, le estaba inculcando injustamente de un error que seguramente ella había cometido, o a lo mejor ella tenía razón, y en una de sus tantas lagunas mentales, había ido al jardín a jugar.

En la segunda consulta al psicólogo, el profesional hondó más el tema y las preguntas hacia él. Carolina no era ninguna tonta, y había estudiado las expresiones que hacía su hijo cada vez que le preguntaba por algo y obtenía una respuesta en medio de un titubeo, sospechaba que el golpe en la cabeza le había dañado su capacidad para hacer frente a la realidad, temía mucho por esta secuela y le había contado al anciano. Le preguntó directamente, una vez que había sacado a su madre del cuarto y golpeaba el escritorio con el borrador de un lápiz provocando un sonido hipnótico que inundaba el recinto, sobre lo que hacía en las noches, o si veía cosas, o le era difícil recordar donde dejaba ciertos objetos, y él negó a las tres con naturalidad. Después de eso, le mandó al doctor para la evaluación de una placa, quizás el problema era más médico que de la psique, pero le dijo a Carolina que en su falla apelarían a la regresión. Y ese mismo día de nuevo fueron al doctor, por suerte ya habían reemplazado la máquina de rayos x. Le hicieron la toma una vez más, y allí, como una cucaracha estaba la mancha, pero en más hacia el lado izquierdo. El doctor la sostuvo en sus manos sin poder decir nada, miró a Carolina y le indicó que sacara al niño. Le explicó con honestidad que no tenía idea de lo que se trataba, ella preocupada preguntó si era algo grave, y él indicó que no lo sabía, que desde ese momento se encargaría incansablemente en hallar una respuesta segura de lo que se mostraba en la placa.

Ya no leía novelas, no veía programas de entretenimiento, ya no jugaba solo con la pelota o se columpiaba, veía programas relacionados al universo, planetas, estrellas, galaxias, leía sobre temas biológicos, políticos, sociales y culturales, devoraba libros en horas, y ponía en práctica cálculos matemáticos complejos para alguien de su edad, ejercicios universitarios y temas de complicada captación eran su día a día: Deseaba que su papá llegara pronto con nuevos libros porque ya los que mamá escondía no tenían nada nuevo para él. La cosmogonía era su nueva pasión, ya no eran los comics, o perder el tiempo en alguna cosa improductiva. Se sentaba en el patio trasero con una pila de libros y leía tres páginas de cada uno hasta reanudar el ciclo. En pocas semanas, había aprendido sobre cada país del mundo, sus sistemas de gobierno, y demás, también de historia egipcia, y por esta sentía un particular interés, según sus estudios, dedujo que había altas probabilidades de que, en efecto, los extraterrestres existieran, pero eran seres pacíficos, de lo contrario, si poseían tales artefactos y naves que viajaban a la velocidad de la luz, seguramente tenían armas que en nanos segundos los incinerarían.

Oía grillos, también sapos, pero eran demasiado fuertes los sonidos, hacía

frío también, pero él se había cubierto con tres sábanas. Abrió los ojos, era un sueño, pero no controlaba su cuerpo que en plena oscuridad iba hacia la mina. Cruzó el puente, tenía tenis blancos que se volverían marrones, estaba la verja, pero un ser como él no iba a pasar por la abertura improvisada en la alambrada, así que bastó mirar la red y filtrar su mente entre el material y distinguir cada partícula de aluminio adherida a otra, y así como resolvía sus ecuaciones matemáticas y problemas físicos, separó mentalmente una partícula de otra, el proceso fue lento, pero uno a uno, los nodos se fueron separando hasta luego enroscarse despacio en un pergamino. Pasó a través del espacio vacío, se sentía como un superhéroe, y mientras el Emilio de movimientos robóticos caminaba a la cueva, pensaba en lo muy capacitada, ejercitada y concentrada que debía estar una persona para realizar un acto de tal magnitud, probablemente su mente colapsaría y quedaría en un coma. La cripta, viéndola desde la noche parecía la boca de la cosa gris, estaba bordeada por la luz de la luna y una palpable negrura, entró sin vacilar, conocía perfectamente el camino, las rocas habían sido removidas, le pareció verlas a un lado en la entrada. No veía nada, pero sus pies no dudaban, como si fuera un tren cuyos rieles a pesar de todo, eran el destino seguro a su punto de llegada. Cruzó, y bajó un camino inclinado, agachó su cabeza para pasar por una bóveda más pequeña, y luego caminó de lado entre dos paredes contiguas y estrechas para llegar a lo que parecía un espacio circular. Había un orificio en el techo por el que entraba un rayo ancho de luz de luna y rebotaba en un espejo de agua. Se acercó al centro donde estaba una plataforma triangular sobresaliente y se paró en espera de algo. El suspiro, o lo que parecía eso, arropó la cueva, y Emilio volteó a mirar al causante. La cosa gris de gran boca se acercaba desde un lado con las piernas flacas bailando de un lado a otro, la piel le colgaba, le recordaba a una gelatina y temía que pudiera caerse en cualquier momento. Emilio se acercó y tomó las manos que parecían cuchillos, pero no eran filosas, lo ayudó a subir al triangulo, una vez allí lo miró y acercó su cabeza a la de la cosa, el agua, que estaba serena, comenzó a girar lentamente como un remolino a causa de un viento sobrenatural, la cosa se retorció sus manos como si estuviera convulsionando, la nariz de Emilio comenzó a sangrar. Extrañamente la expresión de la criatura pareció cambiar, no tenía claro si eran ideas suyas, pero parecía esbozar una sonrisa y un nuevo sonido grave salió de su boca, como si estuviera tosiendo, era como ver los gestos de un niño tratando de subir a un manzano para coger el fruto más colorido y grande del árbol. La criatura sonreía aun con la frente unida a la del humano, estaba a nada de saltar de felicidad por un motivo desconocido hasta ese momento.

Despertó del sueño, pero no era su casa, no estaba en su colchón de resortes, y solo veía un techo colorido acompañado con el sonido del golpeteo del lápiz sobre el escritorio. ¿En qué momento había caído dormido en el sillón

del psicólogo? Recordó que habían ido esa mañana, y según el reloj habían pasado dos horas, el hombre había sido muy ágil. Su madre estaba cubriéndose la boca en la silla delante del escritorio de caoba incrédula del relato. Él estaba moqueando, se limpió con la camisa, pero el moco era rojo, no era eso, era sangre. El psicólogo estaba en una silla cerca de él, parecía muy impresionado y sin habla, le pasó un pañuelo para limpiar la hemorragia, le preguntó cómo se sentía, a lo que obtuvo un «de maravilla, solo un poco confundido» como respuesta. Después de eso salió desconcertado intentando retroceder en el tiempo hasta su entrada a la oficina del psicólogo donde recordó la inducción a la regresión poniendo su plena concentración al sonido del golpeteo mientras escuchaba la incitación del hombre.

Nunca antes había presenciado algo similar, como psicólogo creía en las herramientas y conocimientos que le proporcionaban el estudio, y sobre todo la experiencia, pero ¿qué podría decir de lo que había escuchado de Emilio y su reacción? Sí había respuestas, pudo haber pasado que la convicción era tan fuerte que, el subconsciente respaldó como real lo que el consciente había sugestionado, pero se suponía que la regresión era la respuesta casi final de aquello y, sin embargo, había abierto un camino inexplorado, hipotético y ficticio. Se quedaría leyendo repetidas veces su libro de apuntes, usaría sus propios métodos psicológicos para calmarse y hallar la racionalidad del asunto, se pondría más adelante en contacto con la señora Carolina.

Permaneció callado de regreso a casa, no era idiota, le habían hecho una regresión, recientemente había leído un poco sobre ello, pero no estaba preparado para ser llevado al fondo de su subconsciente donde una película bien organizada de sus miedos se reprodujo en medio de la represión.

Pasó un día luego de la ida al psicólogo, el doctor había llamado a Carolina para decirle que tenía que intervenir a Emilio lo antes posible, al parecer se trataba de un parásito que había ido creciendo, pero que aún no tenían respuestas concretas, tendrían que estudiar a la criatura para concluir preguntas que estaban sobre la mesa, así que al día siguiente en la mañana llevaron al chico al hospital.

Le pondrían ropa como la que usaban los enfermeros, de tela suave y azul cielo, pero aún faltaba para eso. Esperaba en una silla con sus manos entre las de su mamá, ella no le había dicho nada, pero él tenía la idea de que había que sacar algo de su cabeza, creyó haberlo oído de alguna parte, eso juraba, lo que era raro porque su mamá apenas le había dicho que se vistiera para ir al hospital.

Faltaba poco, un enfermero les había avisado dándole las ropas para que se cambiara luego de un baño. Dentro de poco lo dormirían con anestesia, y él no quería mearse encima, así que fue al baño a orinar. Pasó a un cubículo y satisfizo su necesidad, se vio en el espejo mientras lavaba sus manos, se quitó

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

